

El sorprendente viaje a los mundos secretos



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Este libro ha recibido ayuda del
Programa Traducta de la Fundación Cultural de Estonia.



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Sirli, Siim ja saladused*

© Andrus Kivirähk, 2024

© De las ilustraciones, Ilmar Trull

© De la traducción, Consuelo Rubio

© Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-13-5

Depósito legal: M-19-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

ANDRUS KIVIRÄHK

EL SORPRENDENTE VIAJE A
LOS MUNDOS SECRETOS

Ilustraciones de Ilmar Trull

Traducción del estonio de
Consuelo Rubio

 Siruela

Las Tres Edades

Ya se había acabado el verano; faltaban pocos días para que empezara la escuela, pero el padre de Efrén todavía no lo había llevado a pescar. A Efrén aquello no le hacía ninguna gracia, así que se acercó a su padre con un tenedor en la mano y empezó a pincharle el muslo.

—¡Ay! —dijo el padre—. Vaya cosas tan raras se te ocurren, ¿a qué viene pincharme con un tenedor? ¿Es que tengo pinta de salchicha o qué?

—No, qué va, nada de salchicha —respondió Efrén, disgustado—. Pero oye, eres mi padre y tienes que llevarme a pescar contigo.



—¡Ay, hijo, claro! Iremos, iremos, tranquilo —dijo el padre, solo que Efrén ya había oído muchísimas promesas por el estilo y por eso contestó, con bastante rencor en la voz:

—¡Siempre la misma historia! ¡Y cuándo será eso, a ver! ¡Pasado mañana empieza el cole!

—¿Tiene que ser entre semana? Iremos, sí, pero un sábado —replicó el padre—. ¡Y qué manía te ha entrado de pronto con el pescado, mecachis! ¡Si tú no lo comes!

Efrén no estaba dispuesto a que su padre lo engatusara con las mismas tretas de siempre. Continuó dándole la tabarra hasta que obtuvo una promesa solemne: el sábado siguiente se subirían al tren e irían de pesca. Solo después de conseguir su objetivo, volvió con el tenedor a la cocina y siguió comiéndose las patatas.

El gusanillo de la expedición de pesca se lo había medido en el cuerpo a Efrén un compañero de preescolar, el ruso Estiopa. Estiopa iba mucho a pescar con su padre y en una ocasión hasta llevó a clase un cubo de metal pintado con flores en el que nadaba un pescadito muy chico. Según Estiopa, lo había pescado él mismo. Aunque al final, mirándolo con más detenimiento, resultó que el pez estaba muerto, así que los niños lo enterraron en el arenero. Pero bueno, ¡qué más daba eso! El caso es que Efrén le tenía mucha envidia a Estiopa. Desde la fiesta de primavera que organizaron las educadoras de su grupo para cerrar el curso, él no había parado de pedirle a su padre que lo llevase a pescar. Y el padre siempre conseguía escaquearse de una manera u otra.

El quid de la cuestión era que el padre no había ido nunca a pescar, pero le daba vergüenza reconocerlo delante de su hijo. Vamos, que no entendía ni jota de pesca.

En algún sitio había oído que hacía falta una caña y que en el extremo se colocaba un anzuelo, y encima de este una lombriz de tierra. Y pare usted de contar. Por esta razón estaba muy preocupado y esperaba con pánico que llegase el sábado.

